

—¿Pretenderá usted acaso entablar de nuevo relaciones amorosas con semejante jóven?

—Eso no, de ningún modo. A ella no he de hablarle... no he de volver á verla en mi vida.... Solo su imagen permanecerá siempre grabada aquí. —

El duquecito llevó su diestra al corazón cuando pronunció la última palabra.

—El tiempo hace milagros,—dijo la *Bruja* mas tranquila al oír la respuesta del generoso jóven.—De todos modos, debe usted procurar vencer tan funesta pasión, y no volver á derramar lágrimas que denigrarian su dignidad de usted.

—Repito que mis lágrimas tienen otro origen.

—¿No ha llorado usted por los recuerdos de Enriqueta?

—No, Inés...

—¿Pues qué ha sucedido?

—¡Ay, Inés! voy á quedar solo en el mundo.

—Explíquese usted —esclamó con sobresalto la *Bruja*.

—Los facultativos han desahuciado á mi padre.

Al pronunciar estas palabras no pudo el duquecito contener su llanto y se cubrió el rostro con el pañuelo.

—¡Dios mio! —gritó la *Bruja*.

—Solo el médico de cabecera conserva aun alguna esperanza de salvarle; pero yo creo que es infundada. Los accidentes le repiten sin cesar, y anoche le acometió uno con tanta violencia, que después de horrosas convulsiones quedóse postrado, en términos que el médico le creyó muerto. Esta mañana está mas tranquilo. El delirio dá algunas pequeñas treguas á la razon, y ha sido preciso aprovechar los momentos para administrarle los últimos auxilios de la religion. Me han arrebatado de sus brazos, porque mi presencia.... mi dolor, mi llanto amargaban sus últimos instantes. Ambrosio me ha conducido al jardín y luego hasta aquí, donde me dará parte de la menor novedad que ocurra. Dice el facultativo que mientras le quede á él un leve resto de esperanza, no debo permanecer en la presencia del enfermo. Está ahora en momentos de crisis. Cualquiera que sea el lado hácia el cual se incline la enfermedad, se me avisará sin dilacion, para mi tranquilidad en caso de mejoría, ó para darle el último adios y verle morir en mis brazos.

—¡Morir! —gritó la *Bruja* como fuera de sí —¡morir!..... ¡oh! .... de

ningun modo. ¿No hay medio alguno de prolongar su vida?

—Todos los facultativos, menos el de cabecera, dicen que no.

—Yo digo que sí... y si los médicos no saben salvarle, le salvaré yo.

—¡Usted! —repuso con asombro don Eduardo.

—Sí... que llamen á la *Bruja* —gritaba Inés como si estuviera loca.—

Una bruja lo puede todo. ¿Qué saben los médicos? Vamos, señorito, vamos á ver al duque.

—¡Inés!.....—esclamó horrorizado el duquecito al oír los gritos de la *Bruja* que se agitaba impaciente con los ojos desencajados, vertiendo espumarajos por la boca.—¿Qué tiene usted, amiga mia?

—Tengo una obligacion sagrada que cumplir —respondió la misteriosa mujer, siendo cada vez mas espantosa la expresion de su repugnante rostro.—¡El duque!... ¡el duque!... ¿dónde está el duque?... Quiero verle...

—Tengo precision de hablarle..... Si muere sin que yo le vea... ¡desgraciado! Usted no debe consentirlo, don Eduardo.....—y alzando la voz con mayor fuerza, añadió:—¿No oye usted lo que digo? Quiero ver al duque... quiero salvarle:.....

—¡Andrés! ¡Andrés! —gritó el duquecito creyendo que la *Bruja* no estaba en sí.

—Gracias, gracias, señorito —dijo Inés sonriéndose.—Vá usted á mandarle que me acompañe á ver al duque ¿no es verdad?

—Quiero que esté con nosotros.

—¿Quién?

—Andrés. Es un criado honrado y leal... Su compañía es agradable...

—Yo no necesito ahora mas compañía que la del duque... Si nadie quiere llevarme á donde está... iré yo sola...

—¡Señor! —dijo presentándose la vieja Cipriana.

—¿Dónde está Andrés? —preguntó don Eduardo.

—Le he llamado, por si estaba en el jardin, y no me responde. Si es cosa que pueda hacerla yo...

—No.

—¿Quiere V. E. que vaya yo misma en busca de Andrés?

—No.

Cipriana desapareció, y la *Bruja* dijo con impaciencia:

—Estamos perdiendo un tiempo que es muy precioso, don Eduardo.

—Sosiegúese usted, amiga mía—repuso bondadosamente el duquecito.—Debemos tener confianza en Dios... así como la tiene el médico principal en su habilidad.

—Los médicos asesinarán al enfermo.

—¿Por qué?

—Porque nadie puede curarle mas que yo.

—Y usted que tanto horror tiene á los palacios, usted que no ha querido nunca respirar su atmósfera.... ¿qué vá usted á hacer en el de mi padre?

—Voy á curarle... No importa que haya de atravesar esas lujosas salas que me repugnan. Hay ocasiones solemnes en que debe prescindirse de todo. Se trata de la salvacion del duque.

—Considere usted, Inés, que nadie desea como yo la curacion de mi padre. Tal vez no tendré bastante resignacion para sobrevivirle. Voy á quedar solo en el mundo, huérfano y aborrecido de Enriqueta, único objeto que hubiera podido hacer mi felicidad.

—Por la misma razon es preciso salvar al duque á todo trance.

—Ojalá fuera posible; pero los esfuerzos del hombre son insuficientes para luchar contra los designios de la Providencia. En medio de mi dolor, me queda el consuelo de que nada se omite para que mi padre recobre su salud. Los facultativos mas sabios de Madrid rodean su lecho... Si ellos no alcanzan curarle ¿qué podemos hacer nosotros? *El hombre empieza á morir así que nace*, y es inútil oponerse á esta ley de la naturaleza. Usted no esperaba la triste noticia que ha oido de mis propios lábios, y conozco, buena Inés, que le ha causado una sensacion tan profunda, que ha trastornado su razon.

—Mi razon—murmuró Inés meditabunda,—mi razon..... es verdad..... debe parecer estraviada... porque... lo conozco, soy á veces tan impetuosa... pero... ya vé usted, ahora estoy tranquila...

—Gracias á Dios. Habian llegado á sobresaltarme los extremos de usted. Dejemos, Inés, que los médicos hagan cuanto sepan para salvar á mi padre, tal vez sus afanes no serán infructuosos.

—Sí, lo serán, don Eduardo,—respondió con calma la Bruja.

—¿En qué funda usted su aserto?

—En que la medicina no cura las llagas del corazon. Es preciso un poder

sobrenatural para alcanzar el buen éxito, y ahora que me vé usted tranquila, hijo mio, le aseguro que ese poder me le ha concedido Dios.

—Pero ¿qué pretende usted?—replicó atónito y receloso don Eduardo.

—Tener una entrevista con el enfermo, si no se me quiere conceder la gracia de cuidarle mientras duren sus dolencias.

—Yo estoy seguro de que nadie le cuidaria con mayor esmero, y tendria en ello una completa satisfaccion. El pobre Ambrosio anda ya fatigadísimo, y con el auxilio de usted podria tener algun descanso. Me parece muy bien, Inés, la idea de usted, y no puedo menos de aprobarla; pero quisiera que me manifestára usted en qué funda la certeza que tiene de salvar á mi padre.

—Es un secreto, mi buen señorito.

—¡Un secreto!

—¿Le sorprende á usted?

—Sí, en verdad.

—¿Por qué razon?

—Porque estaba en la inteligencia de que no tenia usted secretos para mí.

—¿Me reconviene usted?

—No me creo con derecho para tanto.

—Sin embargo.....

—Cuando uno no merece entera confianza.....

—Usted merece la mia; pero en esta ocasion lo que interesa es salvar á su padre de usted, y espero que mis afanés lo alcanzarán.

—Pero ¿no es una ilusion de su deseo?

De improviso fué interrumpido este coloquio por la presencia de Ambrosio, que apareció lentamente, enjugándose las lágrimas.

—¿Ha muerto mi padre?—preguntó azorado el duquecito.

—No sé—respondió entre sollozos el pobre viejo.—He oido que el facultativo decia al sacerdote: «Todo es ya inútil para salvar el cuerpo... á usted le corresponde la salvacion del alma.»

—No, no,—gritó la Bruja—su salvacion me pertenece á mi sola. ¡Perdon! ¡perdon, Dios mio!

Y corriendo como una loca, se dirigió por el jardin al palacio del duque, seguida de don Eduardo y Ambrosio.

El venerable sacerdote que habia sido llamado para dirigir al moribundo duque de la Azucena las últimas palabras de consuelo, suspendió este acto religioso á consecuencia del estado irreverente del enfermo, que víctima de un lamentable desvarío, lejos de olvidar mundanas fragilidades para no pensar mas que en la clemencia de Dios, mostrábase insensible y sordo á los benéficos acentos del celoso ministro del altar, y solo articulaba frases impropias del sincero arrepentimiento que habia mostrado en la confesion de sus culpas.

Parecióle al prudente sacerdote que su religioso celo era infructuoso en aquel instante, y como el médico de cabecera aseguró que aun estaba lejana la última hora del paciente, si bien no habia en él síntoma alguno que pudiese dar la mas leve esperanza lisonjera, era muy justo que se aguardase un momento en que el infortunado aristócrata conociese su desesperada situacion, y pudiese escuchar con la fé y compuncion de un buen cristiano las sagradas amonestaciones de su padre espiritual.

El duquecito, Ambrosio y la *Bruja*, llegaron juntos al gabinete contiguo á la alcoba del enfermo. Allí, postrado ante la sagrada imágen de un Nazareno que habia sobre una mesa en medio de dos velas encendidas, estaba orando con fervor el sábio religioso, cuando llamaron su atencion las precipitadas pisadas de los recién llegados, y se levantó para recibirles.

—¿Ha muerto mi padre?—preguntó don Eduardo anegado en lágrimas.

—Su padre de usted vive aun,—respondió con dulzura el sacerdote.

—¡Gracias, Dios mio, gracias!... Aun puedo recibir su último adios... su última bendicion...

—¿A dónde vá usted, don Eduardo?—preguntó el sacerdote asiendo del brazo al duquecito.

—A abrazar á mi padre.

—No creo que sea prudente en este momento.

—Quiero verle... quiero verle...—gritaba como loco el afligido jóven.—  
¡Le he dado tantos pesares!... Tal vez he precipitado su muerte... Quiero verle otra vez... quiero abrazarle... y no permitiré que nadie le arrebathe de mis brazos. ¿Dónde mejor puede exhalar un padre su último aliento que en los brazos de su hijo?

—En este momento salió el médico de la alcoba.

—¿Ha muerto?— le preguntó el duquecito con dolorosa ansiedad.

—Lo que es hoy no morirá el señor duque— respondió el facultativo;— pero no por eso, don Eduardo, vaya usted á concebir esperanza alguna. Solo por un milagro podría salvarse.

—Por un milagro, sí, porque Dios es misericordioso— exclamó la *Bruja* en tono solemne y profético.

—¿Quién es esta señora?...— murmuró con desagrado el médico.

—Es la misma virtud,— respondió don Eduardo— es una santa mujer que me profesa singular afecto y quiere cuidar á mi padre.

—¿Tiene usted confianza en ella?

—Completa, señor médico... y como el pobre Ambrosio lleva ya tantas noches de vela... justo es que descanse.

—Yo no necesito descanso alguno, señorito— alegó el honrado viejo.— Lo que yo quiero es que mi buen amo se restablezca... Y si él se muere, no tardaré ocho dias en seguirle. V. E. sí, señorito, que necesita descanso. Yo he alternado con Andrés las noches de vela; pero V. E. pasa dia y noches á la cabecera del enfermo, y eso no hay naturaleza, por robusta que sea, capaz de resistirlo.

—¿Y quién está ahora con mi padre?— preguntó con ansiedad don Eduardo.

—Andrés— respondió el facultativo.— Yo no le he abandonado un momento hasta que han calmado sus desvaríos. Ahora está sosegado, y si ocurre alguna novedad, ya sabe Andrés donde me hallará. No conviene que usted, don Eduardo, entre por ningun concepto en la alcoba de su padre. Si no quiere usted apresurar su muerte, es preciso que haga el sacrificio de no verle por ahora.

—Usted, señorito— replicó la *Bruja*— Ambrosio y Andrés, necesitan reposo. Yo me quedaré hoy en compañía del enfermo. Voy en este momento á reemplazar á Andrés, si el señor facultativo lo permite.

—Como don Eduardo no tenga inconveniente....— repuso el médico.

—Muy al contrario— dijo el duquecito— tengo una verdadera satisfaccion en confiar á esta señora el cuidado de mi padre. ¡ Es tan buena!... ¡ tan discreta!....

—Pues entre usted conmigo— continuó el médico,— y la instruiré per-

fectamente de todo la que hay que hacer. Usted, padre — añadió dirigiendo la palabra al sacerdote — puede si gusta atender por ahora á otras urgencias, pues los síntomas no son tan alarmantes como esta madrugada. Si ocurre alguna novedad se le avisará á usted.

El médico entró con la *Bruja* en la alcoba del duque de la Azucena. Pocos momentos después salió de ella con Andrés.

Al verse la *Bruja* sentada junto al moribundo, sintió estremecerse todo su cuerpo. Le miró horrorizada, le contempló largo rato con estupor, y después de un hondo suspiro dió libre curso á su llanto.

El día se deslizó sin que ocurriera novedad alguna.





## CAPITULO XXIV.

### EL MORIBUNDO.

Si los lisonjeros encuentran con poderosos, ciérranles los sentidos á la razon con sus lisonjas y adulaciones, porque todo se lo facilitan y les hacen licito cuanto les es imposible. Hacenles creíble estos infames que para los señores solo son las influencias de las estrellas, que para ellos se desnatan los campos, los mares y los ríos, y que todos los elementos trabajan para su gusto, haciéndoles creer que nacieron solo ellos para Dioses de la tierra. No menos les persuaden, que los hombres vinieron al mundo para su servicio, para su antojo y adoracion: que pueden, si el poder llega, gozar á su gusto de sus bienes, de su vida y de su honor, haciendo sacrificio de todo á su conveniencia, á su deleite y á su gloria. Con estas infames adulaciones y lisonjas, que quieren que haga un pobre corazon cargado ya del peso de sus pasiones, nada menos violentas que libres, sino fírse de aquel malvado, y echar el pecho á todo desastre, á todo atropellamiento, á toda infamia, desafuero y maldad?

I. DE LA ERBADA.

Virgo formosa etsi oppido pauper, abundè tamen est dotata.

APULEYO.

Las doce de la noche sonaban lentamente en el reloj de una sala espaciosa. Sus melancólicas vibraciones mecíanse por el silencio á guisa del fatídico cuervo que se cierne en la atmósfera antes de caer contra algún cadáver.



A cada lado del magnífico reloj había sobre la marmórea superficie de una lujosa mesa dos jarros de porcelana finísima con olorosas flores, que empezaban á marchitarse y caer deshojadas como queriendo recordar lo breve de la vida, los estragos del tiempo y la inexorable severidad de la muerte, que así se ceba en los objetos halagados por la fortuna, como en los seres á quienes abruma la pobreza.

Aquel salon misterioso, únicamente alumbrado por dos velas que ardian junto á un Nazareno, que habia en otra mesa, aquella lujosa estancia que hacia pocos dias habia sido un centro de ebullicion y alegría, donde el duque de la Azucena quiso reunir y obsequiar á sus amigos con el suntuoso baile de bodas, parecia el interior de un cláustro. Despojado de sus galas, ofrecia un aspecto melancólico. En vez de los perfumes con que habianse embalsamado las esencias que voluptuosas beldades exhalaban, percibiase ese olor fétido que germinar suele en el lecho de un moribundo. En vez de los placeres y las risas de un festin, resonaban sordamente las oraciones de un religioso que se paseaba á paso lento, aguardando la hora de ayudar á bien morir á un agonizante.

Todo respiraba tristeza, todo inducia á serias meditaciones de lo deleznable y efímera que es la existencia del hombre.

Esto sucedia en el salon principal del palacio del duque de la Azucena, mientras don Eduardo se abandonaba en su dormitorio al lloro del desconsuelo, y los sirvientes disfrutaban la calma del sueño, de la manera azarosa que en tristes circunstancias de duelo se disfruta.

No era solo don Eduardo el que velaba. La *Bruja* permanecia tambien insomne en la alcoba del duque, á la cabecera del ilustre enfermo, observando con estremado interés todos sus movimientos.

— ¡Ay! — murmuró dolorosamente y en voz apagada el infortunado aristócrata.

— ¿Qué tiene usted, señor duque? — le preguntó con amabilidad la *Bruja*.

— ¿Eduardo.... está aquí?

— ¡Está descansando! ¡Hacia tantas noches que las pasaba en vela!

— ¿Y Ambrosio?

— Tambien duerme.

— ¡Tengo tanto placer cuando les veo á mi lado! ¿Por qué me dejan solo? A lo menos ese buen religioso que ha dado la paz á mi corazon no debia

abandonarme. ¡Sus palabras son tan consoladoras!... ¿Quién está aquí á mi lado?

—Una persona que tambien desea consolar á usted.

—Todos, todos se esmeran por endulzar mis últimos momentos.... ¡Gracias!.... ¡gracias, amigos míos!

—Es que todos deseamos que recobre usted su salud.

— ¡Inútiles afanes!

—¿Por qué? —preguntó estremadamente conmovida la *Bruja*.

—Porque mi última hora se acerca.... yo la deseo tambien....

—¿Desea usted separarse para siempre de su hijo?

—No.... no.... para siempre no.... Yo le bendigo... y cuando un padre moribundo bendice á su hijo.... ahuyenta al genio del mal. Eduardo vivirá feliz, y después de haber sido en este mundo el consuelo de los desgraciados, vendrá en busca de sus padres. Dios dispone que me separe de él para unirme en la eternidad con dos ángeles que me arrebataron. Mi Adela, mi adorable Adela, fué víctima de las preocupaciones de este mundo. Yo la idolatraba cuando la abandoné, porque me pareció que su amor era una mancha á mis blasones. En los primeros años de nuestras relaciones, estaba yo loco.... Todo lo sacrificaba á la voluntad de mi Adela, y era mi intencion hacerla esposa mia.

—¿Y por qué no realizó usted su deseo?

—Fuí débil.... Tuve la desgracia de confiar no solo mis amores, sino mi proyecto á un amigo que habia sabido avasallarme, y ridiculizó tanto la idea que me preocupaba, que á fuerza de sarcasmos y punzantes burlas, logró hacerme avergonzar de mi amor.

—¿Ese amigo, era extranjero?

—Si... aleman... Diose á conocer en la córte como un gran personaje.... bajo el título de conde de Goldsflont. Era un libertino.... Murió víctima de sus excesos, lleno de deudas..... despreciado de todo el mundo.... porque al fin se supo que no era conde.... Todo habia sido una farsa.... Y yo ¡imbécil! habíale tomado por modelo... Quise tener una querida como él... y me enamoré de la jóven que elegí..... ¡Pobre Adela!.... ¿Te acuerdas, Ambrosio? ¡Qué hermosa era!... Tú tenias razon cuando me aconsejabas que debia hacerla mi esposa. Lo mismo me ha dicho el buen religioso. Yo te reprendia severamente cada vez que tales consejos me dabas... A veces te hacia llorar....

pero ¡tú has sido siempre tan bueno!..... ¿Verdad que me perdonas, amigo mio? ¿Por qué no me respondes?

— ¡Señor!... — balbuceó la *Bruja* sollozando.

— ¡Estoy tan arrepentido de no haber seguido tus consejos! Créelo, amigo mio, este arrepentimiento es sincero... es hijo de las santas amonestaciones de mi confesor. Este arrepentimiento ha tranquilizado mi alma; porque Adela me perdona..... Adela está al lado de la Divinidad, y desde el cielo vé el fondo de mi corazon, y me perdona. Esto me hace desear con impaciencia la hora de mi muerte..... porque Adela me aguarda..... me aguarda con otro hijo mio en sus brazos. ¿No envidias mi suerte, Ambrosio?

— Ambrosio no está aquí, señor.

— ¿Y Eduardo?

— Tampoco.

— ¿Quién eres tú?

— Una mujer que desea dar á usted la salud.

— ¡Una mujer!... — exclamó con enojo el duque. — ¡Una mujer cualquiera... y he revelado los secretos de mi corazon!

— No se desazone usted, amigo mio — repuso la *Bruja* en tono afectuoso. — Nada me ha revelado usted que yo no supiera.

— Ninguna mujer sabe..... ¡ah!.... sí..... la marquesa de Verde-Rama... Huya usted..... huya usted, señora..... Nuestras relaciones se acabaron para siempre..... En mi corazon no cabe mas amor que el que profeso á mi idolatrada Adela.

— No soy la marquesa tampoco, señor duque.

— ¿No es usted la marquesa?

— No señor.

— Gracias á Dios..... La marquesa me engañaba. Si ahora viniese, tambien me engañaría ¿no es cierto?

— Hacia usted mal en amarla.

— Es verdad, lo conozco ahora y no la amo ya.

— ¿De veras?

— No la amo, no... mi corazon es todo entero de mi Adela. ¡Cuánto siento haberla ofendido! ¡Me amaba tanto!... ¡Hubiera sido tan feliz con ella!...

— ¿Por qué, pues, la abandonó usted?

— Era de humilde nacimiento... Era pobre...

— Pero siendo usted rico ¿para qué necesitaba usted mas riquezas?

— No las necesitaba, es verdad; pero creí que me degradaba eligiendo por esposa á una jóven pobre y sin nobleza.

— ¡Cuántos infortunios acarrean las humanas preocupaciones! ; *Sin nobleza!* Pues qué ; *no era honrada y virtuosa?*

— Era un modelo de bondad, de hermosura y de bellos sentimientos.

— ¿Pues qué le faltaba para ser noble?

— Nada á los ojos de Dios; pero una sociedad corrompida, fanatizada por necias preocupaciones, no busca la nobleza en el verdadero mérito, no la reconoce en la acrisolada humildad, la aprecia solo en los oropelados blasones que ha inventado el orgullo.

— Y conociendo usted las preocupaciones de la sociedad ¿por qué seguía su funesto impulso?

— Entonces estaba yo tambien fanatizado; no habia recibido los desengaños que han arrebatado la venda de mis ojos, no habia oido las santas palabras de un ministro del altar, que con divina elocuencia ha desvanecido todos mis errores. Él ha hecho filtrar en mi lacerado corazon las sublimes y benéficas máximas del Evangelio. Para Dios no hay mas que hermanos en el mundo. Pobres y ricos, nobles y plebeyos, todos somos sus criaturas, y á todos nos ha puesto en el mundo para que nos amemos recíprocamente. Esas clasificaciones de categorías, esos vanos títulos de superioridad que no llevan mas objeto que romper los sagrados vínculos de fraternidad con que Dios unió á todos los hombres haciéndoles iguales al nacer, no son mas que gérmenes de horribles discordias, con que los espíritus malignos se oponen á la voluntad del Ser Supremo. Yo fui débil tambien, cedí al torrente que tiene su cauce en el fanatismo de los palaciegos, dejéme arrollar por su impetuosa fuerza, y ofuscada mi razon por una vanidad ridicula, *parecíame que los hombres de humilde condicion habian nacido para ser esclavos de los magnates. El oro, el fausto, los placeres, debian ser en mi concepto propiedad esclusiva de los nobles, en la falsa interpretacion que daba yo á esta palabra, y creia que el trabajo y los sufrimientos estaban únicamente reservados para una muchedumbre que me parecia llena de vilipendio y bajeza.* La luz del desengaño ha brillado tarde para mí, y esto es lo que destroza ahora mi alma, lo que apresura mi muerte. ¡Dios mio! ¡perdon! ¡perdon!

— Consuélese usted, señor duque... Dios perdona siempre á los arrepentidos.

tidos, y usted lo está sinceramente de haber abandonado á una mujer digna de ser correspondida en su amor..... Porque ha de saber usted, que aquel amor era puro y aspiraba á la bendicion de Dios.

—Es verdad... Adela me amaba con la pureza de una niña honrada; pero yo abusé de su candor..... La engañé..... y esta es toda la deformidad de mi crimen.

—¿La engañó usted? —preguntó con dolor la *Bruja*.

—Sí, la engañé.

—¿No decia usted la verdad cuando ponderaba su pasion?

—¡Oh! sí, entonces sí..... Cuando yo decia que la amaba, que la adoraba..... decia la verdad, y me faltaban palabras para espresar mis fogosas emociones.

—Pues ¿cómo dice usted que la engañaba?

—No habia engaño en mi amor; pero sí en lisonjearla de que seria mi esposa. Vacilé algunos dias, y queria atropellarlo todo y llevarla á los altares; pero yo no sé cómo pudo el orgullo vencer una pasion tan fuerte. Aconsejéronme que disfrutase de las delicias del amor sin amancillar mi nobleza, y cediendo á estos infames consejos, cometí el primer desliz, precursor de otros muchos que han salpicado mi existencia de acerbos sinsabores. Ultimamente creia mitigar mis penas casándome con otra mujer digna de mi rango por su ilustre nacimiento, digna de aprecio por sus modales, y no sé si diga de amor por el que ella juraba profesarme.

—¡Señor duque! — exclamó la *Bruja* con aire de reprobacion.

—¡Cómo! ¿reprueba usted mi conducta?

—Con ella completaba usted su crimen.

—Es verdad...

—Debe usted olvidar para siempre á la marquesa de Verde-Rama — dijo con imperio la *Bruja*.

—No quiera Dios que esa mujer venga á acibarar los últimos momentos de mi vida.

—¿Por qué han de ser los últimos, señor duque?

—Me lo ha dicho mi buen confesor..... Dios me llama..... Yo lo conozco tambien... me siento desfallecer por momentos.

—Beba usted esta cucharadita de elixir... Es el predilecto de usted... el que siempre le hace tan buen efecto...

La *Bruja* condujo con oficioso esmero la cuchara de la medicina hasta los cárdenos labios del enfermo.

Un breve instante después, dió el duque un suspiro, y abriendo los ojos como para satisfacer alguna curiosidad, exclamó:

— ¡Cómo me reanima este bálsamo! ¿Pero quién eres tú que tanto interés manifiestas por mi salud?

— Soy quien ha de darle á usted la vida — respondió bondadosamente la *Bruja*.

— ¡Tú!

— Sí, Julio, yo... — exclamó en un raptó de exaltacion la *Bruja*; y queriendo luego enmendar su imprudencia, añadió con respeto: — Yo, señor duque, me prometo volverle á usted la salud.

— ¡Julio! ¿Quién te ha dicho mi nombre? — preguntó con asombro el enfermo.

— He dicho antes que estaba enterada de todos los secretos de su corazón de usted.

— Díme de una vez quién eres, misteriosa mujer.

— Soy una íntima amiga de Adela.

— ¿De veras? Perdóne usted, señora... Creí que seria usted alguna pobre de las que suelen dedicarse al cuidado de los enfermos. Ha sido usted amiga de mi Adela y esta es para mí una recomendacion inapreciable. ¿Tambien usted ha conocido las virtudes de aquella adorable criatura? ¿Tambien la amaba usted? ¿Y quién no habia de amarla si era un dechado de amabilidad y de hermosura? Hábleme usted de Adela si quiere que olvide las angustias de la muerte. Parece que me siento muy aliviado... Hábleme usted de mi amor. ¿Qué confianzas depositó en el seno de la amistad?

— Las de su frenética pasion, señor duque.

— Yo no soy aquí duque.... Soy un amigo íntimo de usted como lo fué mi amada. Llámeme usted Julio... así me apellidaba Adela; y ese solo nombre me halaga mas que todos mis títulos, porque me recuerda el ardiente amor de una adorable criatura. ¿Qué le decia á usted de su apasionado Julio?

— Contábame á menudo la historia de sus amores.

— Pintaria mi ingratitude con los mas odiosos colores ¿no es verdad?

— Se lamentaba de ella; pero no le culpaba tanto á usted como á sí misma.

— ¡A sí misma, y fué siempre un modelo de virtudes!

— Pero se dejó fascinar con sobrada ligereza. Ella debía haber conocido la distancia que mediaba de su humilde condicion á la elevada categoria de su amante.

— ¿Y no me aborrecia después de haberla abandonado tan cruelmente?

— Desde entonces sintió nacer en su corazon un ódio á los ricos que de dia en dia se hacia mas implacable. Conoció que su desgracia era hija de las preocupaciones que el orgullo hace germinar en los palacios.

— ¡Desventurada Adela! así era la verdad. Yo la amaba, y fuí víctima como ella de esas nocivas preocupaciones. Mi pasion era el blanco de atroces murmuraciones, parecíame que en todas partes era objeto de mofa, y empecé por avergonzarme de amar á una jóven plebeya. Cada vez que llegaba á mis oidos alguno de los epigramas con que los chismosos zaherian mi amor propio, subia de punto mi vergüenza, y temiendo por fin ser el ludibrio de la aristocrácia, tomé la fatal resolucion que ha emponzoñado el resto de mis dias. ¡Cuán cara he pagado mi criminal conducta!

Si el duque no se hubiera hallado postrado en el lecho del dolor; cuando de tal guisa disculpaba su villana accion, la *Bruja*, como íntima amiga de Adela, hubiérale sin duda reconvenido con acritud por haber sacrificado el honor de una candorosa jóven á las necias exigencias de la vanidad. Aglomerábanse mil razones en la imaginacion de Inés para anatematizar el infucuo proceder del duque y hacer una defensa brillante de la virtuosa cuanto infortunada Adela; pero desarmóla completamente, no solo el crítico estado del enfermo, sino el arrepentimiento que de su conducta manifestaba y el tierno afecto que aun parecia profesar á la memoria de su víctima.

Además, la *Bruja* hallábase á la cabecera del duque porque por un impulso de gratitud seguramente, habia corrido á salvar al padre de don Eduardo su bienhechor, y si hubiera censurado severamente una falta que era la continua tortura del enfermo, hubiera profundizado una herida que le tenia ya al borde del sepulcro.

Contuvo pues la *Bruja* sus primeros ímpulsos, y llevó su generosidad hasta el estremo de dar á la conversacion el giro que le pareció mas á propósito para hacerla agradable al duque.

— No se aflija usted ahora, amigo mio, — dijole Inés con acento de ternura — no se aflija con los tristes recuerdos de una accion dolorosa á que de

obligaron las circunstancias. Adela estaba convencida de esta verdad, y por eso no dejó de amarle nunca.

—¿De veras?— preguntó con marcada alegría el duque. —¿No me juzgaba culpable?

—Siempre le creyó á usted víctima de malos consejeros.

—¿Y dice usted que nunca dejó de amarme? ¡Siempre generosa y sublime! En este momento acaba usted de rociar la úlcera de mi corazón con un bálsamo que me vuelve la vida. Su nombre de usted, señora... Quiero saber á quien debo la tranquilidad de mi alma... á quien debo mi salvacion.

— Me llamo Inés, señor duque —respondió conmovida la *Bruja*;—pero á mí no me debe usted su salvacion, sino á Dios. Dios es misericordioso y le hará recobrar su salud para que viva usted feliz, y no quede huérfano el hijo de mi malograda amiga.

—¿Conoce usted á mi Eduardo?

—Le debo inmensos beneficios.

—Es tan bueno como su madre. Cuando sepa que me siento mas aliviado tendrá un verdadero placer; y si como confio, llego á recobrar mi salud...

—Sí, señor duque, la recobraré usted, porque su enfermedad estaba en el corazón. Semejantes dolencias no las entienden los médicos y solo las cura Dios. El me ha conducido aquí para darle el sosiego que usted necesitaba.

—¡Si Adela viviese!...

—¿Qué haria usted?

—Le pediria perdón y enmendaria mi falta haciéndola mi esposa.

Al oír estas palabras no pudo la *Bruja* contener su llanto, quiso hablar y solo prorumpió en acerbos sollozos.

—¿Llora usted?— le preguntó el duque.

—Lo que usted acaba de decir me ha hecho una impresion muy dolorosa. ¿Tanto amaba usted á la pobre Adela?

—Y ahora, si viviese, la amaria como entonces. Me avergoncé una vez de mi amor; pero ahora tendria á gala el ser esposo de tan angelical criatura. ¡Con qué orgullo la llevaria siempre á mi lado! Sus virtudes serian el encanto de todos. Su hermosura eclipsaria á la que ostentan las mas bellas damas de la corte! Tendria ahora unos treinta y cinco años, hubiera adquirido mayores talentos y conservaria todos sus atractivos, sus gracias, su hermosura.



La *Bruja* sintió en este instante un prolongado y recio estremecimiento: La pobre Inés era tan repugnante, que siempre que oía ensalzar la belleza de alguna mujer sentía una dolorosa emoción.

—Sí—continuaba el duque dulcemente—la amaría ahora con el amor que le juré cuando la ví por vez primera.

—Era un día de carnaval—objetó con agrado la *Bruja*.

—Justamente... el carnaval del año de mil ochocientos cinco. Iba en traje de gitaniña y estaba encantadora.

—Y usted la llamó para que le dijera la buenaventura.

—Y ella lo hizo con donosura sin igual.

—Y le pronosticó á usted que sería su amante.

—Y lo acertó, pues desde aquel momento quedé enamorado de sus gracias, sin haber visto de su rostro mas que unos ojos lindísimos, porque llevaba puesta la mascarilla.

—Y usted la ofreció el brazo

—Que aceptó sin hacerse de rogar. Acuérdome que después de haberla paseado por el salón del Prado, muy ufano de la conquista que acababa de hacer, la llevé al café...

—Y allí, cediendo á los repetidos ruegos de su obsequioso galanteador, se quitó por fin la mascarilla.

—Y su belleza me dejó asombrado. Todos mis amigos rodearon la mesa en donde obsequiaba yo á mi linda compañera, y todos envidiaban mi suerte.

—Luego la acompañó usted á su casa y la dejó en poder de sus honrados padres, que eran artesanos muy pobres. A pesar de esta circunstancia siguió usted visitando aquella humilde mansión cada día mas fino y enamorado de su Adela.

—¡Era tan digna de ser amada!

El rumor de lentas pisadas que anunciaban la aproximación de alguna persona, interrumpió este coloquio. Era el religioso, que movido del interés que le inspiraba el enfermo, ansiaba saber si había alguna alteración en él. No fué poca la agradable sorpresa que le causó el ver al enfermo en conversación con la buena mujer que le cuidaba. Sin embargo, como los facultativos habíanle ya desahuciado, no se atrevía á creer que la aparente mejoría fuese verdadera; mas bien recelaba que sería efecto de un acceso de calentura. Había asistido á muchos enfermos en sus últimas horas, y no pocas

veces habia notado que un aparente alivio solia ser el síntoma de la agonía.

—¿Cómo se siente usted, señor duque?—preguntó con cariño al paciente.

—¡Oh! muy bien, padre—le respondió el duque.—Cansado, es verdad, muy cansado; pero mi corazón está tranquilo como mi conciencia. Todo es efecto del religioso celo de usted, padre, y del esmero con que esta buena mujer me cuida. ¡Cuánto habré de agradecer los afanes de los que me rodean! ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi querido Eduardo? ¿Por qué se separa del lado mio? ¡Me es tan agradable su compañía! También tengo deseos de ver á Ambrosio. Es mi amigo, mi excelente amigo. ¿Qué extraño es que recobre mi salud, rodeado de personas que me aman? ¿Por qué no están aquí?

—Como llevan tantas noches de vela, señor duque—repuso el religioso—han aprovechado la circunstancia de tener en casa á esta buena señora, para descansar. Usted debiera también ver si logra dormir un poco. Nada hay mas provechoso para los enfermos que un sueño tranquilo, y toda vez que tan aliviado se siente usted, lo mas prudente será que suspendamos toda conversacion.

—Tiene razon el señor cura—añadió Inés.—Ahora tomará usted otra cucharada de medicina y seguirá los consejos de su digno confesor. Si logra usted dormir, aunque no sea mas que hasta rayar el dia, yo espero que al brillar el nuevo sol, brillarán también en esta casa la esperanza y la alegría. Entonces verá usted á don Eduardo y al honrado Ambrosio con mas placer, y ellos tendrán una satisfaccion imponderable al saber que está usted fuera de peligro.

—Los consuelos de la religion me han salvado—esclamó el duque.—No, no moriré de esta enfermedad, sin duda, porque el Todopoderoso quiere que antes de comparecer ante su inmaculada presencia, enmiende en el mundo mis estrayíos. ¡Bendito sea Dios!

—Encomiéndose usted á él, hijo mio. Dirija usted fervientes oraciones á su soberana madre hasta que le rinda el sueño, y confio que este sueño le será dulce y consolador. Si esta buena señora gusta igualmente descansar yo me quedo aquí, hijo mio, para cuidar de usted.

—Si no es perjudicial mi presencia—observó la Bruja—permaneceré también aquí.

—De ningun modo puede usted perjudicar, señora,—respondió cor-

tesmente el religioso,—pero como veo que está el señor duque tan sosegado....

—Quédense ustedes los dos—dijo el enfermo,—y cuando sea de día, llamarán ustedes á mi querido Eduardo, á Ambrosio... á todos los criados. Quiero verles á todos en rededor mio. Todos me cuidan con filial cariño, y mi obligacion es darles las gracias y quererles como padre.

—Bien, bien,—repuso el confesor—todo se hará como usted desea.

A este afectuoso coloquio siguió un silencio profundo que se prolongó hasta el amanecer sin ser interrumpido mas que por las acompasadas pulsaciones del reloj mas inmediato, y los metálicos sonidos de las horas.

A las cinco despertó el duque de su pacifico sueño, y despertó sumamente mejorado.

Ya no le quedó la menor duda al celoso sacerdote de que el alivio del enfermo era una realidad milagrosa, y lleno de asombro y satisfaccion corrió á dar esta inesperada cuanto agradable noticia al inconsolable don Eduardo, que insomne en su alcoba, estaba derramando lágrimas de amargura.





## CAPITULO XXV.

### PROYECTOS DE VIAJE.

Contentos, cuya memoria  
 A cruel muerte me condena,  
 Idos de mi enhorabuena,  
 Y pues que no me dais gloria  
 No vengais á darme pena.  
 Ya están los tiempos trocados,  
 Mi bien llevóselo el viento;  
 No me deis ya mas cuidados,  
 Que son para mas tormento  
 Contentamientos pasados.  
 ESPINEL.

Las elocuentes y evangélicas palabras del sábio confesor, los racionales de la misteriosa Inés y la carta de la marquesa de Verde-Rama, habian producido en el ánimo del duque de la Azucena un saludable desengaño. Habíase disipado completamente aquella especie de fanatismo que á pesar de su alma generosa y humanitarios sentimientos le daba todo el aspecto de un altivo aristócrata de los que neciamente creen denigrarse con el roce de las personas de humilde origen, y su arrepentimiento de no haber contraído ma-

trimonio con la madre de don Eduardo era sincero. En este estado, herida la fibra mas sensible de su corazon por los recuerdos de su primer amor, que con afectuoso afan habiale despertado la íntima amiga de su malogrado Adela, y consolado con la idea de que su víctima no habia dejado de amarle un solo momento, ni siquiera le habia creído culpable, solo sentia el pesar de no poder ya premiar tanta virtud; pero resolvió consagrar el resto de sus dias á la dulce memoria de la que habia sido su ídolo en otro tiempo, y venerarla como al ángel custodio de su porvenir.

No parecia sino que apiadada la Providencia de los incesantes y crueles padecimientos que habian amargado los dias del duque desde su criminal deslíz, habiale enviado á Inés con el feliz mensaje de poner término á tan acerba espiacion.

La total curacion del duque fué tan rápida, que bastaron quince dias para recobrar su salud, y no solo alcanzó el remedio á las dolencias corporales, sino que, como ya llevamos indicado, desvaneció cuantas nocivas preocupaciones ofuscaban su mente.

¿Quién hizo este milagro? ¿Quién salvó al moribundo abandonado ya de los facultativos? Una mujer incomprensible, un ente misterioso que á pesar de su repugnante deformidad y asquerosas mutilaciones, lograba no solo grangearse el cariño de los que se le acercaban, sino adquirir sobre ellos cierta preponderancia que respiraba dignidad é infundia respeto. ¿Quién es esta criatura extraordinaria que tales prodigios obra? Una pobre..... una mujer indigente... tal vez una santa. Esto último fué lo que se creyó por cuantos presenciaron el restablecimiento del duque, restablecimiento que Inés habia anunciado con asombrosa conviccion, desde el momento en que pidió permiso para velar al moribundo.

El afecto que ya don Eduardo profesaba á la *Bruja* subió de punto. El duque no podia dejar de quererla como se quiere á la persona que nos salva de un inminente peligro. Ambrosio la miraba con veneracion, y todos los demás sirvientes del palacio le prodigaban el mismo respeto que á sus amos.

El duque no sabia estar un momento sin la compañía de aquella buena mujer, que después de haberle arrancado de las garras de la muerte, habia seguido cuidándole con aquel esmero y ternura con que solo una cariñosa madre sabe cuidar el fruto de sus entrañas.

No habia momentos mas felices para el duque de la Azucena, que aque-

llos que pasaba al lado de la íntima amiga de Adela. ¡Cuántos encantos destellaba la conversacion de la *Bruja*! ¡Cuántos recuerdos adorables!

Como todo eran misterios en aquella mujer singular, exigió del duque que por ningun concepto debia descubrir á don Eduardo que habia sido amiga de su madre, y que el mismo secreto debia guardar con el viejo Ambrosio. El duque prometió hacerlo así, y nadie mas que él supo semejante circunstancia.

De igual manera habia rogado encarecidamente á don Eduardo, á Ambrosio, á la señora Cipriana y á su hijo el jardinero Andrés, que por ningun concepto descubriesen al duque su morada. Como todos se afanaban por complacer á la que tenian en concepto de santa, nadie se atrevió á contrariar sus deseos.

El 23 de junio se despidió la *Bruja* del duque de la Azucena, porque consideró que no le hacia ya falta alguna. En vano empleó el duque toda clase de argumentos para obligarla á establecerse en su compañía. Inés lo rehusó siempre de un modo terminante. Entonces quiso el duque saber la habitacion de la mujer á quien debia tanto como á su madre, pues que le habia salvado la vida. Tampoco tuvo por conveniente la *Bruja* complacerle en esto; mil y mil ofertas del opulento aristócrata fueron oidas con desprecio por la mujer indigente.

Por fin, el duque sacó de una cómoda una bolsa llena de monedas de oro, y la entregó á la *Bruja*. Esta la cogió con avidez, vaciála sobre una silla y recreó su vista en la gran cantidad que contenia. Volvió á guardar en el bolsillo las monedas, y le besó repetidas veces con exaltacion. Luego llamó á Ambrosio manifestando una alegría como si estuviera loca. Apareció Ambrosio, y le dijo:

—Yo no conozco á nadie en Madrid, buen Ambrosio. El señor duque desea que se reparta este dinero entre algunas familias necesitadas. Nadie desempeñará este encargo mejor que el honrado Ambrosio. ¡Cuántas lágrimas enjugará este oro!

Y al decir esto desapareció la *Bruja* precipitadamente dejando al duque y á su criado llenos de estupor.

—Esta mujer es extraordinaria — dijo el duque.

—A mí me tiene asombrado — repuso Ambrosio. — No es extraño que la muchedumbre la tuviera por bruja.

—¿Cómo por bruja?

—Si señor, andaba por las calles adivinando el porvenir de cuantos la consultaban, y se ganaba de este modo la subsistencia; pero los muchachos empezaron á apedrearla, y tuvo que abandonar este oficio.

—¡Qué me dices! ¿Luego Inés es aquella pobre á quien un dia salvó Eduardo del furor de la plebe?

—La misma.

—¡Y yo desaprobé la conducta de Eduardo porque la trataba con demasiada familiaridad!

—Muchas veces es usted injusto por ciertas preocupaciones...

—Ahora ya no las tengo, Ambrosio, y si esa pobre mujer hubiera admitido un asilo en mi casa, hubiera tenido un placer en verla comer en mi propia mesa.

—No haria usted mas que cumplir con una obligacion sagrada; al cabo le debe usted la vida.

—Es verdad.

—¿Pero cómo ha logrado restablecer la salud de usted?

—Curando la llaga de mi corazon.

—¿De qué modo? Los médicos le habian desahuciado á usted... ¿Qué remedio ha empleado para alcanzar un éxito tan feliz?

—Nada mas que sus palabras.

—Eso es portentoso, y diria yo tambien que esa mujer es una bruja, si por otra parte no viera que sus prodigios llevan siempre el sello de la beneficencia. Todas sus acciones respiran generosidad y amor á los desgraciados. Esto me hace recelar que la señora Inés es una santa.

—¡Y habernos abandonado de ese modo!

—Sin admitir ninguna recompensa... ¿Qué haré yo ahora de este dinero?

—Cumplir las órdenes de la buena Inés: distribuirlo entre algunas familias desgraciadas.

—Me informaré por medio del cura de la parroquia, y desempeñaré esta comision con el mayor gusto.

—Una accion tan buena no debe retardarse, Ambrosio.

—Tiene usted razón; voy ahora mismo á ver al padre cura para que me indique las familias mas pobres y desvalidas de nuestro barrio, repartiré

equitativamente entre ellas estas monedas, y Cristo con todos.

—¿Está en casa Eduardo?

—Sí señor.

—Dile que venga.

Desapareció Ambrosio, y pocos momentos después estaba don Eduardo en presencia de su padre.

—Siéntate á mi lado, hijo mio... Tenemos que hablar de un asunto del mayor interés — dijo el duque asiendo con paternal ternura la mano de su hijo, que tomó asiento junto á su padre.— Sí, mi querido Eduardo, esta conferencia vá á colmar mi dicha... es el único precepto de mi confesor que me falta que cumplir. «Si por un milagro de Dios, me dijo cuando estaba yo moribundo, llega usted á recobrar su salud, debe usted pedir perdon á su hijo de la severidad con que confiesa usted haberse opuesto á un amor honrado, solo por seguir los impulsos de una culpable vanidad.»

—¿Qué dice usted, padre mio?— replicó afectado sobremanera don Eduardo al ver deslizarse una lágrima de arrepentimiento de los ojos del duque.— Usted fué severo conmigo porque yo me obstinaba en despreciar sus razonables consejos. Yo solo era entonces el culpable, yo soy el que debo ahora pedirle á usted perdon. Estaba loco, padre mio... porque no tenia experiencia del mundo. Usted fué severo, repito, porque mi terquedad lo merecia, y ahora reconozco mi falta, y la prudencia de usted en querer desviarme de la fatal senda que me conducia á un abismo. Usted fué severo, en fin, para cumplir con los deberes de un padre que se afana por labrar la felicidad de su hijo.

—Esa fué mi idea, Eduardo; pero buscaba tu dicha en mentidos oropeles, en el fausto, en los títulos, en la grandeza y en cuanto puede halagar el orgullo. Afortunadamente la elocuencia de un sábio sacerdote me ha sacado de un error funesto, y estoy convencido de que la verdadera dicha debe solo buscarse en la virtud. En la virtud la buscabas tú, hijo mio, y creyendo yo que la pobreza de un honrado artista amancillaria mis blasones, te prohibí frecuentar su casa. Perdona mi injusticia, hijo mio; solo me falta tu perdon para ser feliz.

—¡Padre!...— balbuceó don Eduardo atónito de lo que acababa de oír.

—Sí, sí... tú me perdonas — añadió el duque llorando después de haber besado la mano del infortunado jóven, — tú me perdonas..... porque siempre



has sido bueno y generoso... porque has amado siempre á tu padre..... á este padre que te adora..... que sabrá hacerte dichoso enmendando su falta. Hoy mismo..... ahora..... ahora que lloro de placer, me acompañarás á casa de aquella virtuosa familia á quien traté con insolencia. Le debo tambien un desagravio, y no quiero que se retarde un momento.

— ¡Padre!... ¡Padre mio!... — exclamó don Eduardo, y el llanto ahogó otras palabras que iba á pronunciar.

— ¿Por qué lloras?... Tienes razon... yo tambien lloro..... ¡Es tan dulce el llanto de la felicidad! Sí, mi querido Eduardo, me complazco en hacer tu dicha, en consentir en el casamiento que tú apeteces. Llévame á casa del honrado pintor y tendré una satisfaccion imponderable al pedirle para tí la mano de su candorosa hija.

Don Eduardo queria interrumpir á su padre; pero no podia hablar. El dolor habia formado un nudo en su garganta, y solo acertaba á exhalar acerbos sollozos.

— ¿No es verdad, hijo mio, que mi consentimiento colma tu felicidad? — preguntóle afectuosamente el duque.

— ¡Ay padre! — gritó desesperado el sensible jóven — ese consentimiento acaba de desgarrar mi corazon.

— ¿Por qué?

— Porque es inútil.

— ¡Inútil!

— Sí señor. — Y después de enjugarse las lágrimas, esforzándose por aparentar serenidad, añadió: — Ni Enriqueta me ama, ni es digna de mi amor. Nuestro enlace es imposible.

— ¿Pues qué ha sucedido? — preguntó con afan el duque.

— Usted tenia razon... esa familia tan honrada en la apariencia...

— Acaba.

— Me ruboriza decirlo.

— ¿Te engañaba?

— Tanto los padres como la hija no ambicionaban mas que nuestras riquezas.

— ¡Maldita sea la codicia del hombre!

A esta exclamacion del duque siguió un silencio profundo que se prolongó algunos instantes.